



Queridas hermanas.

En la tarde del 6 de julio, a las 17 horas (hora local), en la comunidad “Giacomo Alberione” de Albano L. el Padre de la Luz llamó a sí a nuestra hermana

LAMA OLGA HNA. MARÍA OLGA
nacida en Casale Modigliana (Forlì) el 21 de mayo de 1929

Así se cumplió el deseo más ardiente de esta querida hermana, que esperaba con tanta impaciencia el momento del encuentro definitivo con el Señor Viviente, su amadísimo Esposo.

Entró en la congregación en la casa de Alba el 21 de noviembre de 1949, en la festividad litúrgica de la Presentación de la Virgen María. Y, al igual que la Virgen, albergaba el profundo deseo de hacer de su vida un don, una ofrenda agradable al Padre. Dada su madurez, tras pasar un año dedicado al apostolado itinerante en la gran diócesis de Milán, realizó el noviciado en Roma, que concluyó con su primera profesión, el 19 de marzo de 1952. Luego, continuó, en las diócesis de Rovigo y Verona, con la difusión del Evangelio y de otros libros formativos en familias, oficinas e institutos. De 1957 a 1965 se dedicó, con su característica exuberancia, a las tareas de lavandería y a la asistencia a las hermanas enfermas de la casa de Albano. En la numerosa comunidad “Divina Provvidenza” de Roma puso en práctica su habilidad para confeccionar prendas tejidas/de punto.

Pero, sobre todo, a Hna. M. Olga le encantaba rezar. Las hermanas que compartieron con ella sus años de juventud recuerdan la prisa y las piruetas que hacía para salir, a primera hora de la mañana, del gran dormitorio de la casa de Roma y llegar, muy temprano, a las puertas del santuario «Regina Apostolorum», que a menudo aún se encontraban cerradas. Y era tan fuerte ese deseo de unión con el Señor que, en 1970, pidió permiso y consiguió ingresar en el monasterio de las Hermanas Clarisas de Urbino. Para ella, aquella fue una aventura verdaderamente única que, una vez concluida la experiencia, contaba con expresiones muy pintorescas. De hecho, al llegar a aquel monasterio, en 1970, había percibido de inmediato la riqueza de la espiritualidad paulina y la imposibilidad de abandonarla. Recordaba que nunca, como entonces, había valorado tanto las oraciones paulinas... Muy pronto sintió la necesidad de dar marcha atrás, impulsada también por un encuentro con don Lamera y otro sacerdote jesuita.

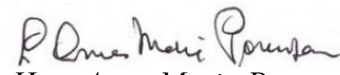
Con humildad y confianza, en la festividad de San Ignacio de 1972, pidió a M. Ignazia Balla, entonces superiora general, que la readmitiera en la congregación, asegurándole que el *íntimo martirio* de aquellos años lo había *derramado en el cáliz por la congregación*. Precisamente en aquella ocasión acogió con inmensa alegría los Documentos Capitulares. Escribió: «Al leerlos, mi alma respira a pleno pulmón el aire de mi tierra, que el sol del Vaticano II ha hecho más saludable». Aquella experiencia monástica había marcado profundamente su vida y su vocación.

Con gran entusiasmo se dedicó a cuidar a las enfermas, sobre todo en las casas de Alba y Ariccia-Galloro. En Roma y en Brescia se dedicó posteriormente con entusiasmo a las tareas de la cocina y tuvo la oportunidad de desarrollar su talento como tejedora.

Desde el año 2012 residía en la comunidad «Giacomo Alberione» de Albano. No padecía graves problemas de salud, salvo la enfermedad de *Alzheimer*, pero vivía en la espera constante del Esposo y, a menudo, reprendía a las enfermeras porque sus cuidados prolongaban el momento del encuentro.

Finalmente, para ella llegó el día tan anhelado. El Maestro Divino le dirigió la invitación definitiva a estar con él, a vivir en la alegría de su presencia, a cantar para siempre la fidelidad de su amor, a saborear su bondad y misericordia. Con afecto.

Roma, 6 de julio de 2026



Hna. Anna Maria Parenzan